



Cándida del Niño Jesús (1909-1957) -Aldaz-

Cándida Beloqui Eceiza nació en Tolosa (Guipúzcoa) el 3 de octubre de 1909, hija de D. Juan José Beloqui y Dña. Juana Josefa Ignacia Eceiza. Cándida- era la tercera de los cuatro hijos que tuvo el matrimonio, todos educados con esmero por sus padres, los cuales gozaban de buena posición, por lo que las dos niñas asistieron al colegio de las Hijas de Jesús en Tolosa, allí destacó Cándida como buena y aventajada alumna. Entre sus compañeras lo que más la singularizaba eran sus modales y su religiosidad, delante de ella sabían que no se podía murmurar ni hablar de mundanidades, era sencilla pero infundía respeto y ya a los 12 o 13 años empezó a comulgar diariamente. Se la recuerda en su juventud amable, discreta y eligiendo su ropa lo más modesta posible, aunque dada su posición nunca podía acceder a la sencillez por ella deseada. Gozaba de hacer largas excursiones por el monte, frecuentar los santuarios marianos y participar de meriendas organizadas con dos amigas más, lo cual la ayudaba a mantenerse apartada de diversiones más mundanas. En su juventud ya apuntaba a la santidad.

A los 11 años perdió a su padre lo cual la unió mucho más a la madre, mujer bondadosa y de gran fe, puesta de manifiesto cuando a los 7 años de haber ingresado Sor Cándida murió su hija Juanita quedando sola. Para M. Cándida fue una gran prueba porque sabía lo que ello significaba para su madre, pero sin embargo la misma madre animó a la hija a aceptar con serenidad la voluntad de Dios declarándole cómo estaba bien dispuesta a vivir la soledad que ahora El le pedía.

Cándida deseó ingresar en el monasterio bastante joven pero fue su madre la que le dijo que esperase a cumplir los 23 años. Así lo hizo, ingresando el 28 de octubre de 1932. Tomó el hábito el 1 de mayo de 1933, profesando de temporales el 4 de mayo de 1934 y de solemnes el mismo día y mes de 1935.

Desde un principio se la vio adaptarse a la vida común con suma naturalidad, sin ceder a ninguna excepción y ofreciéndose para los trabajos de fregar y servir, pues por su garganta afectada no podía leer en el refectorio, ni asistir a los ensayos, tiempo que ella aprovechaba ofreciéndose a las hermanas de la cocina para limpiar verduras, preparar fritos, etc... Era sumamente puntual, de ella se recuerda el hecho de haber dejado a medio tender una prenda ante el toque de campana. Notable era también su amor al orden y la limpieza, lo cual inculcaba con frecuencia a sus súbditas. Sin embargo era lenta en su actuación, condición que le procuraba no pocas humillaciones.

Destacaba por su desprendimiento y amor a la pobreza; de sus primeros días se recuerda cómo ante una hermana que con dificultad leía sus breviarios de letra pequeña consiguió muy pronto el permiso para cambiarlos por los suyos,

nuevos y regalo de su madre. Así como recién profesada también logró permiso para desprenderse de otro querido regalo de su madre: el hermoso crucifijo de pie que tenía en su mesa, el cual cambió por otro usado y tosco.

De su natural tenía cierta repugnancia a los enfermos, pero calladamente hacía no pocas mortificaciones para vencer este sentimiento, consiguiendo, sin ser enfermera, el encargarse de hacer diariamente la cama de una de ellas por muchos años.

En 1940 es nombrada auxiliar de la maestra de novicias por solo contar 31 años, pero de hecho ella llevó a cabo la formación de las tres novicias que por entonces se hallaban en el noviciado. Las tres recuerdan con gratitud la formación recibida, sus consejos y sobre todo sus ejemplos. De entre los consejos escritos que les dio al término de su formación entresacamos esta pequeña muestra: La santidad está en los detalles, así como la multitud de pequeñas pinceladas perfeccionan una obra primorosa, así la multitud de actos pequeños, de que está llena la vida religiosa... van insensiblemente y sin darnos cuenta perfeccionando nuestro espíritu... Aprendamos a vivir a solas con Dios solo, huyendo como de la peste de las amistades particulares y aún del trato innecesario con las religiosas. No quiero decir con esto que vivamos abstraídas de la comunidad Nunca jamás dijeras tal cosa! Al contrario, arraiguemos cada vez más en nuestros corazones un extraordinario amor a la comunidad, sacrificándonos por ella si es preciso hasta el heroísmo... Nunca jamás pongan los ojos en ésta que esto escribe porque no recibirán de ella más que malos ejemplos y escándalos; y si en estos cerca de dos años que hemos convivido han recibido de la misericordia y bondad del Señor algún pequeño bien por medio de esta su esclava y, a fuer de corazones agradecidos, quisieran de alguna manera recompensarla, la mejor manera de hacerlo será corrigiéndola y advirtiéndole sencillamente las inobservancias, defectos e imperfecciones que en ella descubrieren. Solo en el cielo sabrán cuan agradecida les quedará esta menor aunque indigna hermana en Jesús, por María y en N. P. San Agustín.

En 1943 fue nombrada vicaria de la comunidad y en el siguiente capítulo, en 1946, teniendo 37 años de edad fue nombrada priora para lo cual hubo que pedir dispensa a Roma por no alcanzar la edad canónica. Hubo quien temió fuese rígida, por el tenor de vida que llevaba, sin embargo su priorato se caracterizó por la comprensión y la dulzura, jamás corrigió con aspereza, era comprensiva y compasiva de la debilidad y miseria humana. Querida y respetada por todas fue reelegida para el siguiente trienio. En este tiempo fue cuando dos hermanas de Aldaz salieron, el 29 de agosto de 1952, para ayudar a la comunidad de Mirambel (Teruel), comunidad muy mermada de personal y que solicitó esta ayuda a la M. Cándida, la cual expuso al consejo comentando: Yo creo que si podemos debemos atender esta petición. En el siguiente trienio quedó como vicaria, de este período es el detalle de que dos hermanas recibieron de su parte esquelas pidiéndoles que por favor la advirtiesen de cualquier falta, imperfección o inobservancia que vieran en ella, se le notaban las ansias de santidad, tenemos que ser santas, muy santas, era una frase muy frecuente en ella.

En abril de 1955 enfermó de pleuresía, esta enfermedad supuso un nuevo campo de santificación. Ella siempre callada, sufrida, sin manifestar ningún deseo, solía decir: ¡Como no sé sufrir!... Siempre humilde y mortificada, aunque necesitase algún alivio había que adivinarlo porque nunca lo pedía. Por consejo de los médicos el 12 de junio salió del monasterio para ser reconocida por especialistas, los cuales recomendaron cambio de aires, por lo que estuvo en Monte Igueldo, en casa del hermano mayor hasta el 7 diciembre en que volvió a su querido convento de Aldaz bastante mejorada. En esta ausencia de M. Cándida se dieron nuevas elecciones que reafirmaron los cargos, por lo que quedó de nuevo como vicaria.

Por este tiempo también fue cuando se organizaron las Federaciones. En noviembre de 1956 tuvo lugar el primer capítulo federal donde fue nombrada segunda consejera y secretaria federal, a pesar de estar ausente en el capítulo. El 24 de diciembre llegó a Aldaz la M. Abadesa Federal para salir con M. Cándida como secretaria a realizar las visitas a los monasterios a las cuales deseaba le acompañase. Fueron primero a Mirambel, de allí, en febrero debían ir a Logroño donde se reuniría todo el consejo federal y de allí partirían para Aldaz. Antes de salir para el viaje se le recomendó que dada su inapetencia y su necesidad de cuidados viese qué clima le podía ir mejor si el frío o el cálido a lo que respondió con serenidad y certeza: No me conviene ninguno, pronto moriré. Desconfiadas de ella pero sabiendo que la M. Abadesa llevaría buena cuenta de su salud la dejaron marchar con cierta tranquilidad.

En Mirambel se aprovechó la estancia para ir un día a Alcañiz a que fuese vista M. Cándida por un especialista. De allí marcharon a Barcelona a primeros de junio donde también estaba concertada una visita con un médico del clínico. Allí se vio la conveniencia de que fuera operada de bocio, pero dicha operación se postergaba por no acabar de reunir las condiciones precisas la paciente. Por fin, el 19 de julio fue operada, resultó bien la operación, pero el 20 se agravó por

complicársele el corazón, de tal forma que al poco de llegar la priora de Barcelona al Clínico con la ecónoma federal, vieron darle la Santa Unción y fallecer, siendo el día 22 enterrada en el monasterio de Barcelona.

Muchos son los ejemplos y motivos de imitación que nos ofrece. Cuidaba con atención todos los aspectos de su vida espiritual, del epistolario que mantiene con su director espiritual podemos entresacar varios aspectos de la misma. Sobre la caridad, que ya señalamos anteriormente podemos leer: La caridad fraterna! He aquí mi caballo de batalla, en la que quiero probar mi verdadero amor a Dios... En cuanto a su recogimiento interior en varias ocasiones hace esta observación: Es cosa marcada que cuando no tengo tantos trabajos y preocupaciones estoy más fervorosa... en la oración estoy más distraída y sin afectos especialmente cuando me he dado demasiado al trabajo... En días de intenso recogimiento los afectos de amor brotan naturalmente... En estos ejercicios –del año 1952- el trabajo principal está consistiendo en simplificar mi vida espiritual. Así como el mucho trabajo y preocupación agobian mi espíritu, así también la misma ansia de santidad y multiplicidad de deseos me agobian. Por eso he propuesto simplificar mi vida, reduciéndola al amor. Dedicarme con tranquilidad a cumplir el deber por amor, con la mayor intensidad de amor posible...

Sus hermanas de comunidad hablaron de su espíritu de sacrificio tanto para el trabajo como para todo lo que suponía entrega a las exigencias de la comunidad. Se conservan íntegros sus apuntes de los ejercicios de 1952, recién terminado su período de 6 años de priorato, en ellos podemos leer: Total mortificación de los sentidos; no mirar sino lo que no pueda dejar de ver; no hablar sino lo que no pueda dejar de decir; no preguntar sino lo que necesite saber por precisión; renunciar a mi querer al menor indicio de la voluntad de la Madre. En una carta de dos años después leemos: a veces me vienen pensamientos de que no valen nada mis privaciones; pero no las hago para que valgan, sino para probar mi amor a Jesús. En esta misma carta leemos con relación a la mortificación una frase genial, que muestra la solidez de su virtud: prefiero la obediencia a todas las mortificaciones. Dentro de este espíritu de mortificación trabajó mucho sobre su carácter, ella, de natural serio y de pocas palabras, aunque siempre delicada y de trato amable, al ser nombrada priora se notaba, según propia confesión, en un estado de continua excitabilidad que le agriaba el carácter por lo que la dulzura y amabilidad de antaño no salían sino por un verdadero esfuerzo, en sus propósitos se lee continuamente: sonreír siempre... examen particular sobre la amabilidad, la bondad, la dulzura... la mansedumbre tiene que ser la característica de mi santidad... de la consecución de estos propósitos dan fe, como ya indicábamos, sus hijas y hermanas de comunidad.

Su espiritualidad estaba centrada en el Corazón de Jesús, este era su gran amor y diariamente renovaba su consagración a Él: Mi voto de orar y trabajar, gozar y sufrir en unión del corazón de Jesús me ayuda grandemente para el recogimiento interior. En todos mis pensamientos me uno lo más íntimamente con las disposiciones de su divino corazón únicamente para glorificar a Dios y salvar a los hombres...

En otra carta del mismo año habla sobre su vivencia del sacramento de la penitencia: Por lo menos dos días antes, encamino todos mis afectos de amor y todo mi intenso dolor a la próxima confesión y me parece que me confieso con las mejores disposiciones. Cuando oigo que el confesor me da la absolución, salgo contentísima, y no acabo de dar gracias a Dios porque se ha dignado perdonar mis pecados y creo que mi alma está limpia y pura... Varias veces he hecho míos todos los pecados del mundo, y así cargada con ellos, he ido a confesarme, sometiénolos todos en espíritu a la absolución. No sé si valdrá nada esto, pero el Señor sabe que me duelen todos los pecados del mundo porque son ofensas contra El.